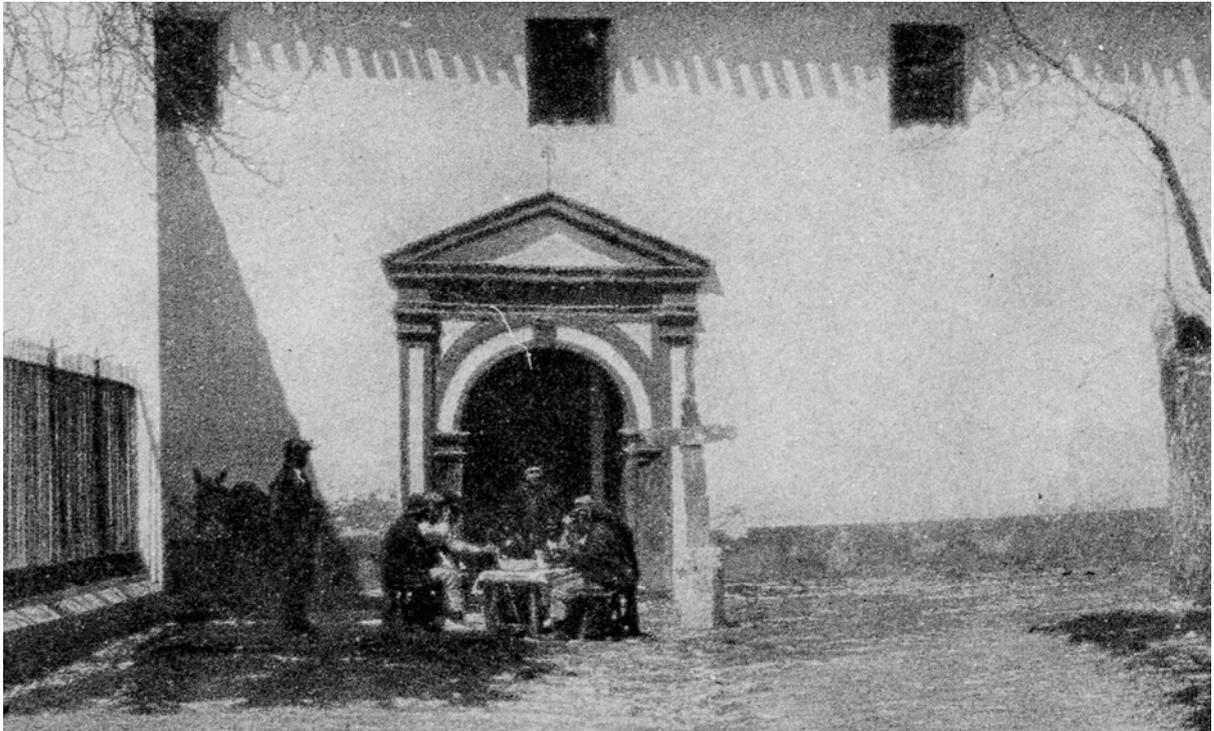


## EL POTAJE DE LA ERMITA Y LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN ANTONIO ABAD

Magdalena Valenzuela Guzmán  
www.huelma.org



Vecinos de Huelma tomando el “potaje de la ermita” en la puerta del Santuario.

En el santuario de la Virgen de la Fuensanta, hasta hace relativamente poco tiempo, se elaboraba el llamado “potaje de la ermita”. Consistía fundamentalmente en un guiso caliente que cada día se ofrecía a los pobres, que carentes de lo más básico, acudían a la hora del almuerzo a matar el hambre que padecían.

El origen de esta obra benéfica puede situarse a mediados del siglo XVIII, cuando gracias a un hijo del pueblo, Antonio García y Martínez que fue su fundador, se asentaron en la ermita, procedentes de la sierra de Córdoba, un grupo de ermitaños de la orden de San Antonio Abad, que dedicaban su tiempo a la oración, al trabajo y a practicar la piedad y la caridad, que eran las normas que guiaban la vida diaria de la hermandad de la que procedían<sup>1</sup>.

La orden de San Antonio Abad era hospitalaria, y desde su fundación se dedicó a ayudar a los necesitados, si bien, su especialización estaba en amparar a quienes padecían el fuego de San Antón<sup>2</sup>, una enfermedad alimentaria, casi siempre mortal, que asoló Europa en la Edad Media.

Existe una narración que explica porqué estos ermitaños dedicaban sus esfuerzos en ayudar a los más necesitados.

---

<sup>1</sup> Guía para visitar los Santuarios Marianos de Andalucía Oriental. Manuel Jesús Carrasco Terrizo. Ediciones Encuentro.

<sup>2</sup> Catholic.net. La orden de los Antonianos y el fuego de San Antón.

Según esta leyenda<sup>3</sup>, un noble del imperio romano germano, viendo que la vida de su hijo peligraba por el fuego de San Antón, ofreció a San Antonio todos sus bienes si mediante su intercesión, se producía un milagro y se salvaba.

Esa misma noche, el noble tuvo un sueño, soñó que San Antonio le daba un bastón y le ordenaba que lo clavase en la tierra. Al día siguiente, el bastón se había convertido en un hermoso árbol con grandes ramas llenas de frutos, bajo las que se encontraban muchos pobres que se consolaban con tan gloriosa sombra.

San Antonio le dijo al noble “*Has de plantar un árbol, en el tronco de la piedad y en la raíz de la caridad, y este árbol extenderá sus ramas muy largamente y de sus frutos se sustentarán los pobres*”

Gracias a la intercesión del santo, el enfermo sanó, y el noble, tal y como había prometido, fundó la comunidad de San Antonio Abad, a la que entregó todos sus bienes, para que lucharan contra la enfermedad y dieran alimento a los necesitados.

Con estas premisas cabe deducir, que cuando la comunidad se asentó en la ermita de Huelma, sus integrantes siguiendo la tradición hospitalaria de la orden, iniciaran el hábito de dar de comer a los pobres el denominado “potaje de la ermita”.

Como he dicho anteriormente, consistía en un guiso caliente que cada medio día cocinaban los ermitaños con los alimentos de que disponían: productos de la huerta, del corral, legumbres etc.

Es de imaginar, que esta práctica diaria, acarrea un coste económico que ellos por sí solos no podían afrontar, ya que según consta en un documento del archivo municipal de Huelma<sup>4</sup>, al asentarse en el santuario, el obispo de la provincia les asignó la huerta y las limosnas de los fieles para su mantenimiento, pero claramente eran recursos insuficientes para dar de comer diariamente a los necesitados y atender a los gastos de mantenimiento de la ermita.

Para conseguir estos recursos, recurrían a la solidaridad de los vecinos más pudientes de nuestro pueblo, quienes, al recolectar sus cosechas, entregaban una parte para el sostenimiento del santuario. Así, en el mismo documento fechado en 1836, se puede ver quiénes fueron los benefactores ese año y la cantidad aportada.

- Juanica de Vico.....13 fanegas de trigo.
- José López Vico.....7 fanegas y media.
- Francisco López .....3 fanegas
- Catalina Gómez .....127 fanegas
- Juan Pedro de la Cámara .....30 fanegas
- Juan Soriano Herrera .....108 fanegas
- Nicolás Bela .....72 fanegas
- Isabel Justicia .....25 fanegas

---

<sup>3</sup> <http://cofrades.sevilla.abc.es/profiles/blogs/la-orden-de-san-antonio-abad>

<sup>4</sup> Archivo Municipal de Huelma. Antiguo armario 74.

- Juan Antonio Salcedo.....12 fanegas
- Blasa López .....60 fanegas

Con la solidaridad de los vecinos, con lo que producía la huerta, con los animales del corral y la hospitalidad de los ermitaños se consiguió alimentar, aunque fuera sólo una vez al día a los más pobres de nuestros paisanos.

No se exactamente hasta que año se estuvo ofreciendo el potaje en la ermita, pero debió tener continuidad en el tiempo, ya que la orden de San Antonio Abad, permaneció en nuestro santuario , hasta el 25 de septiembre de 1902 en que el obispo de Jaén, Salvador Castellote y Pinazo ordena la suspensión de la comunidad porque había quedado reducida a dos ermitaños, el hermano Jesús María y José y el hermano Ángel, lo que, según el obispo, imposibilitaba cumplir los fines de la institución<sup>5</sup>.

La clausura de esta comunidad de San Antonio Abad, no estuvo ausente de polémica, ya que los monjes entendían que, aunque eran sólo dos, podían cumplir fielmente con los propósitos de la comunidad y atender a las necesidades del santuario.

En consecuencia, se negaron a acatar la orden de abandonar el eremitorio, entablando un conflicto con el Obispo de Jaén, quien, para ponerle fin, requirió la presencia de la de la Guardia Civil, personándose en la ermita el cabo Martín Castillo y el guardia Manuel Orduña Olea para obligarles a marcharse “*por el camino más corto*” y entregar las llaves de muebles e inmuebles pertenecientes al santuario al Sr. cura Párroco de Huelma, D. Antonio José de Martos.

D. Antonio José se hizo cargo del eremitorio de manera transitoria, por muy poco tiempo, hasta que fue nombrado un capellán que se encargó de la administración de la ermita.

A partir de ese momento, en la ermita no residió ninguna orden religiosa y paso a estar gestionada por capellanes.

El primero de ellos fue un hijo de Huelma D. Marcos Donoso Díaz, que ya aparece como capellán en 1902 y permaneció como tal durante catorce años. A él le siguió D. Juan Morillo Torres, nombrado en 1916 que permaneció en el santuario hasta el 26 de julio de 1936 cuando recién comenzada la guerra civil fue asesinado, allí mismo, en el santuario.

Estos tres sacerdotes, a mi entender y deduciendo de lo escuchado a los vecinos más longevos de Huelma, debieron continuar ofreciendo cada día a los pobres el potaje.

Teniendo constancia fehaciente de que así se hacía en tiempos de D. Juan Morillo según me ha contado José R.G persona muy vinculada con la ermita, que recuerda cuando él era pequeño, escuchárselo decir a su padre, e incluso me cuenta alguna anécdota relacionada con el tema, como un día que nevó tanto que los pobres que habían acudido a comer tuvieron que pasar la noche en el santuario.

Según me dice, en sus primeros años no era un guiso lo que se les daba, si no que cuando acudían en solicitud de alimento, D. Juan les entregaba una talega con garbanzos, lentejas, almendras pan, hortalizas o aquello de lo que dispusiere para que se lo llevaran a casa y lo cocinaran, pero con ese método los víveres se agotaban muy rápidamente, y para prolongarlos más en el tiempo, optó por cocinar en la ermita el potaje, y servirlo allí mismo. Con este método conseguían con menos cantidad de alimentos llegar a más personas, por aquello de cómo dice el refrán: donde comen dos, comen tres, bastando añadir una patata o un puñado de arroz más.

La comida, según el mismo vecino, la hacían en un cortijillo que había junto al cobertizo para guardar ganado, cuyos restos aún se pueden ver en el pinar del santuario, que disponía de

---

<sup>5</sup> Archivo Municipal. Antiguo armario 82

una cocina grande, donde Adela Vico Quesada, una especie de ama de llaves de la ermita, cocinaba y servía el potaje.



Adela Vico Quesada

También me cuenta que, si podía, D. Juan Morillo les entregaba a los pobres algo para llevar a su casa para la cena, e incluso si alguno llegaba hasta el lugar en caballería, al pie del álamo grande, también se les ponía paja para que comieran los animales mientras permanecían en el lugar.

Como todo lo anterior acarreaba un coste económico que el santuario no podía afrontar, era costumbre en las primeras décadas del pasado siglo, que el cura o alguno de los allegados, varias veces al año portando una pequeña y hermosa imagen de la Virgen de la Fuensanta tallada en madera, que aún se mantiene en un razonable buen estado de conservación, a lomos de caballerías, visitaban los cortijos cercanos a Huelma, pidiendo para dar de comer a los pobres y según me han contado varios vecinos que lo han visto personalmente, nuestros paisanos colaboraban entregando huevos, hortalizas, legumbres, aceite o lo que estuviera a su alcance para ayudar a los pobres y para el mantenimiento de la ermita.



Virgen de la Fuensanta que iba por los cortijos

Con esta ayuda vecinal solidaria y lo que el santuario aportaba, se ha quitado el hambre a muchos antepasados nuestros, para quienes tal vez, esta era la única oportunidad que tenían de tomar diariamente una comida caliente.

Cómo he dicho antes, ignoro hasta que año se estuvo cocinando el potaje, pero entiendo que debió de ser hasta el inicio de la guerra civil, coincidiendo con el cruel asesinato de D. Juan Morillo.

La primera fotografía que ilustra este trabajo, de principios del siglo pasado, muestra un grupo de personas sentadas a la mesa en la puerta del santuario con un cura en la cabecera, en lo que podría tratarse de uno de estos almuerzos denominados “potaje de la ermita” o “sopa de los pobres” que de las dos formas ha sido conocida en Huelma.